

# RECENSIONES

ANGELO PANEBIANCO: *Modelos de partido*, Alianza Editorial, Madrid, 1990; 512 págs.

## I

Si el término propuesto por Duverger en 1951 (*Les partis politiques*, A. Colin, París, 1951) para identificar a aquella parte de la ciencia política destinada específicamente al estudio de los partidos políticos hubiese tenido la aceptación entre la doctrina que han conseguido tantas otras creaciones del maestro francés, sin duda hoy podríamos decir que la traducción al español de la obra del profesor PANEBIANCO *Modelli di partito* (Il Mulino, Bolonia, 1982), llevada a cabo por Mario Trinidad y publicada por Alianza Editorial, es una gran noticia para la estasiología española. Sin embargo, ni el término sugerido por Duverger ha gozado de excesivo predicamento, ni tampoco es factible hablar, con fundamento, de una escuela española, con relevancia propia y personalidad diferenciada de las de su entorno, en lo que al estudio de las formaciones políticas se refiere. De modo que resultaría más prudente, por menos presuntuoso, contentarse con afirmar que la publicación en España de *Modelos de partido* supone una grata noticia para todos aquellos que entendemos que el estudio de las instituciones políticas contenidas en nuestras Constituciones precisa complementarse con un análisis dinámico de los actores que les dan vida y las vertebran, y que entre éstos ocupan los partidos políticos un protagonismo que no por ser obvio debe dejarse de subrayar.

## II

Que no hay una estasiología —utilicemos el término siquiera provisionalmente— española de entidad es, lamentablemente, un hecho. Basta mirar las recomendaciones bibliográficas que sobre la materia da la gran mayoría de nuestros manuales para ver cómo el grueso de las mismas lo constituyen, amén de clásicos como Michels, Ostrogorski, Leibholz o el propio Duverger, autores alemanes como Lenk y Neumann, Von Beyme o Nohlen; anglosajones como Key, Rae, Rose o Blondel, e italianos como Sartori, Traverso, Sandulli o Zampetti, por citar tan sólo a unos cuantos. Ciertamente, no ha faltado en España durante los últimos años una persistente preocupación por conocer de qué modo se organizaban, se financiaban, actuaban y se relacionaban nuestros partidos. Fruto de la misma es la larguísima lista de estudios que sobre los diversos aspectos del tema han aparecido durante las dos últimas décadas en la mayor parte de las revistas especializadas. Estudios entre los que se encuentran aportaciones tan sugestivas como las proporcionadas por Ramírez sobre la relación partidos-grupos parlamentarios, las de Lucas Murillo en torno a la democracia interna de los partidos o las de Jiménez Campo sobre su régimen constitucional, sin olvidar los numerosos estudios sobre el sistema español de partidos o los subsistemas catalán y vasco llevados a cabo, entre otros, por Martínez Cuadrado, Linz y Montero, Llera, el Equipo de Sociología Electoral de la UAB o Jorge de Esteban y Luis López Guerra. Además, resultan de enorme interés las tantas veces citadas obras colectivas dirigidas por Pedro de Vega en 1977 (*Teoría y práctica de los partidos políticos*, Edicusa, Madrid, 1977) o por Raúl Morodo en 1979 (*Los partidos políticos en España*, Labor, Barcelona, 1979).

Sin embargo, cuando de monografías de peso se trata, el panorama es bastante menos amplio. Y lo es menos todavía si prescindimos de las monografías centradas en nuestro propio sistema de partidos —respecto del cual, dicho sea de paso, algunas de las más significativas aportaciones nos han venido de la mano de autores extranjeros como Caciagli, Günther o Huneus— y nos centramos en las consagradas a lo que podríamos llamar la teoría general del partido político. En este campo, la lista no resultaría gravemente mutilada si la redujésemos a las que, a mi juicio, son las tres aportaciones más interesantes de los últimos años: *La partidocracia*, de G. FERNÁNDEZ DE LA MORA (IEP, Madrid, 1975); *Los partidos políticos*, de R. GARCÍA COTARELO (Sistema, Madrid, 1985), y *El Estado de partidos*, de MANUEL GARCÍA PELAYO (Alianza, Madrid, 1986), obras las tres enormemente divergentes tanto por lo que respecta a sus objetivos como por lo que corresponde a sus

enfoques. La obra de García Cotarelo es una aproximación, valiosa por su amplitud temática, a la problemática general de los partidos políticos, considerados desde el principio como elementos básicos para la construcción de un modelo político democrático y estudiados en prácticamente todas sus dimensiones. En cambio, la obra de García Pelayo se centra en un aspecto concreto del tema: en la problemática generada —son sus propias palabras— por «la articulación e interacción entre el sistema de partidos y el sistema estatal de nuestro tiempo», interacción que afecta a la mismísima estructura real del Estado y que obliga a un perfecto conocimiento de la mecánica partidista como paso previo a un correcto conocimiento del funcionamiento real de las instituciones del Estado. En última instancia, la obra de Fernández de la Mora —que contiene un interesantísimo apéndice sobre los orígenes de la estasiología en España— se sitúa en una línea crítica muy similar a la planteada en su día por Michels, poniendo sobre el tapete —con una intención claramente debeladora— las disfuncionalidades que, en opinión del autor, podría plantear la entonces previsible constitucionalización de los partidos políticos.

En todo caso, queda inatacable la afirmación antes hecha de que nuestra doctrina no ha desarrollado suficientemente el estudio de los problemas que plantean los partidos políticos en tanto que protagonistas indiscutidos de la vida de las instituciones. Acudir al magisterio de autores foráneos es, pues, necesidad ineludible del momento, de modo que la traducción a nuestro idioma de una obra tan sugestiva como *Modelos de partido* supone abrir una nueva ventana para la investigación en un campo que tan precisado está de la misma. Y ello tanto más cuanto que, como se verá, el aspecto del problema abordado por Panebianco es, con diferencia, de los más soslayados por los estudios más recientes. Es un hecho que el interés de la doctrina parece proyectarse más sobre los conflictos interpartidistas que sobre los conflictos en el seno de los partidos, o, si se elige la terminología de Bartolini, prefiere analizar a los partidos en cuanto a unidades individuales que contemplarlos como actores políticos no unitarios.

### III

Angelo Panebianco es profesor de Política Comparada en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Bolonia y es un magnífico exponente de la larga lista de profesores italianos —los ya citados Sartori, Traverso, Leone o Zampetti, más un sinnúmero de nombres más como Valitutti, Fisichella, Caboara, Sernini, Pinelli o Pasquino— que han consagrado una parte significativa de sus esfuerzos al estudio de la problemática planteada por los par-

tidos políticos. Entre sus obras se pueden señalar *La crisi della modernizzazione* (1973) y, sobre todo, la que ahora nos ocupa, *Modelli di partito* (1982). Es co-autor además de *I nuovi radicali* (Mondadori, Milán, 1977) y ha publicado no hace mucho en España, junto a Gianfranco Pasquino, Stefano Bartolini, Maurizio Cotta y Leonardo Morlino, un interesante *Manual de ciencia política* (Alianza, Madrid, 1986), en el que se ha cuidado del estudio de las burocracias públicas y de la dimensión internacional de los procesos políticos.

## IV

Lo primero que llama la atención en la obra de Panebianco, y lo que, de entrada, le confiere un especial interés, es el acotamiento que hace de un tema tan amplio como el de los partidos políticos. Un acotamiento que, si ciertamente no es novedoso, es desde luego desusado. Como él mismo indica en la Introducción a su trabajo, «en un cierto momento de la historia de la investigación científica sobre los partidos se ha producido una cesura» (un error, tipográfico sin duda, ha llevado a que aparezca «censura» como traducción del término italiano «cesura», cuando el texto no deja lugar a dudas sobre el sentido de la palabra). De resultas de ésta, nos encontramos con que mientras los autores clásicos de la materia, los que escriben entre Michels y Duverger durante la primera mitad de este siglo, partían de la premisa de que «los partidos políticos y sus actividades resultaban comprensibles si, y solamente si, se tomaba como punto de partida al partido en cuanto organización, en su fisonomía y en su dinámica organizativas» (pág. 14), y, en consecuencia, centraban en el estudio de ésta sus principales esfuerzos, los que vienen sobresaliendo en las últimas décadas se han centrado más bien en temas como «la dinámica electoral, el concreto funcionamiento de las instituciones estatales sometidas a la influencia de los partidos, las relaciones entre los partidos y las clases sociales» (pág. 14). Este cambio de perspectiva ha posibilitado, sí, un conocimiento más extenso de lo que podríamos denominar la actuación «pública» del partido. Pero el descuido en el que se ha sumido el estudio de los procesos organizativos en el interior de los partidos —que, en opinión de Panebianco, apenas ha progresado desde Duverger, por más que el estudio de las organizaciones complejas haya avanzado notablemente desde la Segunda Guerra Mundial— propicia el riesgo de que las investigaciones en torno a los sistemas de partidos, las elecciones o la crisis de la representación política —por poner unos ejemplos— se asienten sobre bases poco firmes. Como afirma tajantemente Panebianco, «el análisis organizativo debe preceder a cualquier otra perspectiva» (pág. 14), toda vez que los partidos

son, ante todo, organizaciones. *Modelos de partido* debe, pues, ser entendido fundamentalmente «como un intento de devolver al centro del escenario algo que había quedado arrumbado en una esquina polvorienta, lejos de los reflectores» (pág. 15).

## V

El enfoque metodológico de Panebianco resulta también significativo y de una importancia capital. El mismo lo expone, en la Introducción a su obra, al hacer constar su inclinación, en la investigación de las estructuras organizativas de los partidos, por «aquellas teorías y análisis que colocan en el centro de atención la dimensión del poder en la organización, que explican el funcionamiento y las actividades organizativas fundamentalmente en términos de alianzas y conflictos por el poder entre los diversos actores que integran la organización» (pág. 15). Panebianco entiende que es allí, «en la dinámica de la lucha por el poder en el seno de la organización», en donde se halla «la clave principal para comprender su funcionamiento, así como los cambios que experimenta en ocasiones» (pág. 15), toda vez que los partidos, como cualesquiera otras organizaciones, además de servir a los objetivos —políticos o ideológicos en este caso— para los que fueron creados, «sirven también para garantizar, perpetuar o acrecentar el poder de aquellos que los controlan» (pág. 16). La huella de Mosca, Pareto y Michels —«siempre gobierna una oligarquía», «la organización implica una tendencia hacia la oligarquía», «la tendencia hacia la oligarquía es inherente a todo partido organizado»...— es bien perceptible y nunca negada. Sin embargo, para Panebianco, los postulados de la llamada escuela maquiavelista no son sino un punto de partida, extraordinariamente lúcido para su momento, pero precisado aquí y ahora de ulteriores contrastaciones y replanteamientos. De hecho, las referencias a los citados autores, que se repiten a lo largo del texto, son las más de las veces críticas. Panebianco comparte con los maquiavelistas el objeto y buena parte del enfoque, pero dedica muchos de sus esfuerzos a actualizar sus más señaladas conclusiones o, cuando menos, a revisar sus planteamientos a la luz de técnicas investigadoras más modernas.

En este sentido, la opción metodológica de Panebianco es clara. *Modelos de partido* es, desde su primera a su última página, un intento de aplicar «los instrumentos de análisis que la sociología de las organizaciones ha ido elaborando para estudiar el funcionamiento de las organizaciones complejas... al caso concreto de los partidos» (pág. 21). Los modelos provenientes de la sociología de las organizaciones son confrontados metódicamente con los esquemas de lo que el autor italiano denomina «la literatura politológica tradi-

cional sobre los partidos» (pág. 22) en un intento, en ocasiones bien fructuoso, de demostrar la aplicabilidad a las fuerzas políticas de las explicaciones que provienen de la sociología. El resultado es una nueva visión, discutible en ocasiones, pero interesante siempre, de los problemas más comunes que se proyectan sobre los partidos políticos. Una visión que a veces conduce a conclusiones distintas de las habitualmente sostenidas por la doctrina, pero que a menudo permite apoyar las afirmaciones más indiscutidas sobre bases que las reafirman.

## VI

Por lo que respecta al contenido de la obra, *Modelos de partido* está estructurada en cuatro grandes bloques, bajo los epígrafes genéricos de «El sistema organizativo», «El desarrollo organizativo», «Las contingencias estructurales» y «El cambio organizativo».

La primera parte es esencialmente introductoria. Panebianco la dedica, de un lado, a exponer la opción metodológica a la que ya nos hemos referido, y de otro, a presentar a un público quizá poco familiarizado con la moderna sociología los principales conceptos que luego van a ser utilizados en los análisis del resto de la obra. Sin embargo, ya aquí es posible encontrar afirmaciones sugerentes. Sin intención de reproducir en pocas líneas las tesis del autor —cosa de todo punto imposible, por otra parte, dado el volumen de la obra y lo extraordinariamente abigarrado de su estilo—, sí que merecen ser destacadas al menos unas cuantas de sus afirmaciones.

En este sentido resultan especialmente interesantes sus observaciones acerca de los llamados «prejuicios» sociológicos y teleológicos. Panebianco entiende que la resistencia de buena parte de los estudiosos de las fuerzas políticas a entrar en el complejo tema de su organización tiene su causa en parte en las dificultades objetivas que plantea tal estudio —los partidos no son ciertamente proclives a dejar estudiar sus, digamos, «interioridades»—, pero, en buena parte, también la tiene en la generalización de dos tipos de prejuicios: el prejuicio sociológico, según el cual tendemos a creer «que las actividades de los partidos son el producto de las demandas de los grupos sociales que aquellos representan y que, más en general, los propios partidos no son sino manifestaciones en el ámbito político de las divisiones sociales» (pág. 28), y el prejuicio teleológico, consistente en la creencia de que «los partidos son grupos que persiguen la obtención de ciertos fines» (pág. 31), que no son sino reflejo fiel de su ideología. Nada más lejos de la realidad: «el partido —indica Panebianco al referirse al llamado prejuicio sociológico— no sólo no

refleja mecánicamente, ni en su organización ni en su política, el sistema de las desigualdades sociales, sino que es en sí mismo, y ante todo, un productor de desigualdades en su propio seno» (pág. 30), desigualdades en las que, por lo demás, radica la causa de la mayor parte de los conflictos intrapartidistas. Paralelamente, los partidos no se constituyen únicamente en atención a sus fines declarados: hay una distancia, variable naturalmente, pero siempre presente, entre los fines declarados —las «metas ideológicas»— y los fines reales... entre los que indefectiblemente se halla el de la propia conservación del partido. Dado un conflicto entre aquéllos y ésta, el partido optará siempre por aquella solución que mejor garantice su supervivencia como tal, por más lejana que pueda hallarse respecto de sus fines originarios.

Ello nos lleva a la clásica tesis de Michels según la cual en los partidos se verifica tarde o temprano un proceso de sustitución de los fines. Conforme el partido se consolida y completa su organización —dejó escrito Michels—, los fines para los que nació se abandonan y la supervivencia de la organización se convierte en el único fin. Panebianco reformula en la tesis de Michels en unos términos probablemente más rigurosos: la sustitución de los fines se verifica ciertamente como consecuencia de las transformaciones organizativas por las que discurre el partido, pero en ausencia de éstas, esto es, tratándose de organizaciones consolidadas, con lo que nos encontramos es más bien con «una articulación de los fines», entendiéndolo por tal el proceso mediante el cual los fines originarios del partido son adaptados a los patrones organizativos prefijados. No se trata de una sustitución de los fines en el sentido más estricto de la construcción, sino de un replanteamiento de los mismos: éstos se vuelven intencionadamente vagos e imprecisos, se subordinan a las exigencias organizativas del momento y, en última instancia, son planteados o soslayados según que con ello se beneficie o no a la organización.

Estos planteamientos conducen al autor a lo que en nuestra opinión es la más interesante aportación de esta primera parte. Me refiero a sus conclusiones partiendo de los análisis de Alessandro Pizzorno y del propio Roberto Michels respecto del impacto del proceso de institucionalización del partido sobre sus fines, su ideología, su estructura interna y su estrategia de cara al exterior. La institucionalización del partido —«la consolidación de la organización, el paso de una fase de fluidez estructural inicial... a una fase en que al estabilizarse desarrolla intereses estables en la propia supervivencia» (página 56)— genera cambios de extraordinaria relevancia en su interior. En apretada síntesis, Panebianco entiende que la institucionalización conlleva la aparición de tendencias oligárquicas en el partido; desplaza los intereses colectivos para cuya consecución nació, en beneficio de los intereses de la propia burocracia; deja en segundo plano el factor ideológico, convirtiendo sus pos-

tulados originarios en afirmaciones vagas, implícitas y contradictorias; amplía la capacidad de maniobra de la elite dirigente, limitando en consecuencia la capacidad electiva del común de los afiliados, y, en última instancia, acaba sustituyendo la «estrategia agresiva» propia de toda organización joven por una «estrategia de adaptación» única posible para «una organización que, ya consolidada como sistema de intereses, tiene demasiado que perder con una política agresiva y aventurera» (pág. 57).

Por lo que respecta a la parte II —explica el propio autor—, «el cuadro analítico puesto a punto en los capítulos precedentes se utilizará para interpretar la evolución organizativa de un cierto número de partidos de la Europa occidental» (pág. 22). En efecto, Panebianco opta en esta fase de su discurso por aplicar las premisas fijadas en la parte primera —y fundamentalmente las referidas al impacto de la institucionalización del partido sobre el modelo organizativo originario— a un cierto número de partidos escogidos entre los más significativos de las democracias occidentales «por su condición de símbolos de las múltiples posibilidades formales que pueden asumir estas organizaciones» (pág. 22), para, en última instancia, ensayar una tipología de las organizaciones de partidos. Se trata de la parte más trabajada de la obra —de hecho, constituye el núcleo esencial de ésta—, y si bien en ocasiones su análisis de las distintas fuerzas políticas no aporta gran cosa al lector familiarizado con la mismas —en realidad, el propio autor reconoce lo convencional de sus puntos de vista en estos casos—, sí que resultan de extraordinario interés sus conclusiones, en especial las referentes a la relación entre procesos de institucionalización, configuración de la coalición dominante y estructura organizativa.

La parte III, quizá la más interesante, se sitúa de nuevo en el plano teórico y se halla consagrada a un estudio más en profundidad de un cierto número de problemas organizativos que, en los capítulos anteriores, habían quedado simplemente planteados. Así, Panebianco entra a analizar en estas páginas cuestiones como la del tamaño del partido y las dimensiones de su aparato burocrático, el personal al servicio del mismo, su *status* y su cualificación, las alianzas con fuerzas afines, la relevancia del marco institucional en el que se desenvuelve la organización o la interrelación entre los distintos «ambientes» en los que se desarrolla su actuación.

Son muchas las afirmaciones que merecerían ser comentadas o cuando menos reseñadas. Así, resultan muy sugestivos sus comentarios respecto a la relación entre el tamaño del partido y su cohesión interna o en torno a la existencia, respecto del tamaño de la organización, de «umbrales de supervivencia» y «umbrales de esclerotización» (p. 366) o sobre los efectos que la dimensión de las sub-unidades organizativas —esto es: de los órganos del

partido— ejercen sobre la cohesión del partido y la participación de sus afiliados.

En torno a esta última cuestión, las conclusiones de Panebianco son especialmente llamativas. Es claro, argumenta, que la progresiva burocratización de los partidos da lugar a la aparición de muy diversos niveles jerárquicos, cada uno de ellos dotado, como es lógico, de un ámbito competencial propio. Ello nos podría llevar a concluir que la burocratización lleva necesariamente a la descentralización en la toma de decisiones, o, dicho de otro modo, que un partido complejamente organizado será, tendencialmente al menos, un partido más democrático por más participativo que otro toscamente estructurado. Sin embargo —argumenta Panebianco—, tal interpretación es cierta sólo en parte: la descentralización se verifica en la hipótesis referida sólo respecto de las decisiones de índole administrativo —lo que él llama, muy gráficamente, «microdecisiones» (pág. 347)—, puesto que respecto de las decisiones de índole político, la burocratización no hace sino aumentar la centralización, que en las organizaciones más complejas no dista mucho de la de los partidos más carismáticos.

En otro lugar de esta parte III, Panebianco se ocupa de la influencia del entorno sobre las estructuras organizativas del partido. Para ello comienza distinguiendo los conceptos de «complejidad», «estabilidad» y «hostilidad» ambiental, para acabar formulando una de las hipótesis más sugestivas de su obra: la de que «podemos presumir que las organizaciones tienden a la unidad interna en situaciones de “tranquilidad” ambiental (en ambientes simples y/o estables), verán crecer las divisiones internas en situaciones de incertidumbre (ambientes complejos y/o inestables) para tender de nuevo a la unidad en situaciones de extrema incertidumbre (ambientes altamente complejos y/o inestables), es decir, en situaciones de hostilidad ambiental» (pág. 389). En opinión del autor italiano, pues, la proliferación de partidos competidores y opositores, y en general la diversificación y heterogeneidad de las opciones políticas —esto es, la complejidad ambiental— y la posibilidad real de cambios sociales o ideológicos repentinos e imprevisibles —esto es, la inestabilidad ambiental— quebranta la unidad del partido hasta un cierto estadio, a partir del cual la organización comprenderá amenazada su supervivencia y optará por recuperar la unidad perdida. «La incertidumbre provocada por la hostilidad ambiental —concluye— tendría, según esta hipótesis, unos efectos simétricamente opuestos a los provocados por la incertidumbre generada por la complejidad o la inestabilidad ambiental» (pág. 388).

Intimamente ligado con este problema está el del impacto que las alianzas electorales pueden ejercer sobre la estructura organizativa del partido. Si, como antes se ha señalado, la complejidad ambiental quebranta la unidad

interna del partido, éste deberá procurar por todos los medios convertir el ambiente en el que se desenvuelve en un ambiente lo más «simple» posible. En la medida en que la simplicidad del ambiente viene dada por la ausencia de competidores, el partido deberá procurar la desaparición de éstos dedicando a ello incluso más energías de las empleadas en la neutralización de sus opositores, puesto que si éstos no suponen más que una amenaza lejana e hipotética para su expansión electoral, aquéllos generan una amenaza real e inmediata para su misma supervivencia. Las alianzas entre partidos ideológicamente próximos, en la medida que suponen legitimar la competencia del otro e incluso dar por buena su existencia, incrementan la inestabilidad ambiental y, a la larga, acaban deteriorando la unidad interna de ambas fuerzas. Esa es la razón, concluirá Panebianco, por la que las alianzas entre partidos sólo resultan verdaderamente estables cuando los implicados no son, en realidad, competidores, bien por desenvolverse en «territorios de caza» distintos, bien por presentar una diferencia de tamaño tal que haga impensable la competencia.

La parte IV, de «Modelos de partido», está dedicada, por último, al problema del cambio organizativo. Panebianco lo aborda en un primer momento «proponiendo un modelo de cambio organizativo y ensayando su validez mediante la confrontación con las vicisitudes de cambio experimentadas, en diversas épocas, por algunos partidos» (pág. 23), para a continuación examinar «algunos cambios que se están produciendo hoy en los partidos políticos occidentales y su reflejo y significación respecto de procesos políticos más generales» (pág. 24). En el primero de los casos, el centro de la reflexión de Panebianco lo ocupan los procesos de transformación sufridos por socialdemócratas y democristianos alemanes en los años sesenta y setenta; en el segundo momento, su atención se centra en las bien conocidas —pero quizá no bien entendidas— tesis de Rokkan y Kirchheimer, para realizar en torno a ellas varias inteligentes reflexiones.

## VII

Y, por último, si algún comentario hubiese de hacerse respecto de las orientaciones bibliográficas brindadas por Angelo Panebianco, éste no podría ser sino altamente positivo. *Modelos de partido* no sólo es un magnífico estudio sobre buen número de los problemas que plantea el conocimiento de las estructuras internas de las fuerzas políticas, es además una completísima síntesis de la más sobresaliente bibliografía moderna sobre el tema. Centradas fundamentalmente en autores italianos y anglosajones, y ocupada en menor

#### RECENSIONES

medida en estudios franceses y alemanes —ningún autor español se halla, salvo error de quien esto escribe, entre los citados en la obra—, las referencias bibliográficas que brinda Panebianco permiten al lector poco familiarizado con la sociología acceder a una información suplementaria de gran valor sobre la mayor parte de las categorías manejadas en el texto, al tiempo que facilitan la obtención de datos complementarios a los que el propio autor brinda cuando se trate de analizar con más detalle los numerosos ejemplos que salpican el texto.

#### VIII

En conclusión, hay que decir que *Modelos de partido* constituye una aportación de enorme relevancia a un campo, como se ha visto, escasamente cultivado en los últimos tiempos, a pesar de su creciente importancia. Una aportación a la que si alguna objeción pudiera plantearse sería la de no haber aprovechado la coyuntura de su traducción al español para haber completado —redondeado, sería mejor decir— la obra con alguna referencia práctica a la experiencia española de los últimos quince años. Sin duda, muchas de las tesis mantenidas en la obra habrían salido fortalecidas de su contrastación con nuestra experiencia reciente, al tiempo que los lectores españoles habrían podido comprender mejor algunas de las afirmaciones de Panebianco mediante su aplicación a nuestra realidad más próxima.

*Carlos Flores Juberías*